

La investigación realizada por M. Hauke ha puesto todo esto de relieve. En ella se puede palpar aún algo más: el avance realizado en este siglo en el conocimiento profundo de los Santos Padres; y el hecho de que, en la medida en que se da este avance en la investigación teológica y patristica, en esa misma medida no sólo se enriquece el pensamiento teológico, sino que se confirman las líneas fundamentales de la lectura que la Iglesia ha hecho de los Santos Padres a lo largo de estos ya casi dos mil años.

Lucas F. MATEO-SECO

Mariano ARTIGAS, *Las fronteras del evolucionismo*, Ed. Palabra, Madrid 1991, 206 pp. 13,5 x 20 cm.; *El hombre a la luz de la ciencia*, Palabra, Madrid 1992, 254 pp. 13,5 x 20; *Ciencia, razón y fe*, Ed. Palabra, Madrid 1992, 198 pp. 13,5 x 20.

El profesor Mariano Artigas ha dedicado buena parte de su trabajo intelectual al estudio de la filosofía de la ciencia. Como fruto maduro de esta labor ha publicado estos tres libros, que se complementan mutuamente, aunque conservando suficiente independencia entre sí. Su objetivo es realizar una divulgación de la correcta interpretación de las cuestiones científicas referentes al origen del hombre y del mundo. En estos temas primordiales se han venido introduciendo en los últimos tiempos, en parte debido a su complejidad, equívocos que son, con frecuencia, errores de método científico. Para clarificar estos extremos, cada una de las tres obras toma un tema básico, alrededor del cual se estructura la explicación: lo que la ciencia puede y no puede decir en ese terreno, las interpretaciones habituales de esos datos científicos, las falacias más difundidas y las razones de su incongruencia, y un esbozo del modo correcto de enfocar la cuestión tratada.

Lo primero que sorprende —gratamente— en estas tres obras, es la integración de la ciencia moderna con una interpretación filosófica del mundo: Artigas afirma frecuentemente que la ciencia actual, aunque no puede considerarse único intérprete autorizado para la aproximación del hombre a la realidad que le rodea, ha contribuido a completar una visión del mundo que había permanecido incompleta durante muchos siglos y que sólo en los más recientes ha recibido un enriquecimiento sustancial que ha permitido al hombre ver el mundo de un modo completo y congruente.

Por esta razón, las críticas que hace a algunos planteamientos científicos modernos distan mucho de una pesimista actitud postmoderna, que desconfía incluso de la fiabilidad de la ciencia empírica. Son críticas que parten de una aceptación de la ciencia, pero situándola en su justo lugar, sin credulidad ingenua ni cerrazón ajena al espíritu científico: no en vano el autor es también doctor en Ciencias Físicas.

*Las fronteras del evolucionismo* trata del origen del mundo material y de su evolución y enriquecimiento con el paso del tiempo: del origen del universo, de la vida, del hombre; de las ideologías que se mezclan en la explicación de estos hechos; de los problemas que plantea este origen cuando se explica como un mero azar; del materialismo que impregna muchas veces las explicaciones científicas; y la relación entre evolución y creación. Como es evidente, una obra de esta extensión no pretende ser una exposición detallada de las distintas hipótesis evolucionistas (el resultado habría sido un grueso tratado), sino aclarar el enfoque que se da a los tópicos mencionados, y perfilar la interpretación que puede hacerse de esas teorías.

Actualmente, al hablar sobre el origen del hombre, se suelen encadenar, en una serie continua, los sucesos físicos que van desde el Big Bang hasta la aparición de vida inteligente. La dificultad de esta interpretación es su dogmatismo. El autor repasa este tópico moderno, y muestra lo que es hipótesis, lo que está demostrado, y lo que se deriva de ideología. Resulta sorprendente comprobar cómo, en un terreno aparentemente objetivo, como es la ciencia, pueden aparecer tantas ideas contrarias y cargadas de pasión y opciones vitales. Y es que la realidad sobre la evolución desde el átomo primordial al presente no puede dejar indiferente al hombre, que ve en las «cosas primeras» un marco vital: no cabe ser fríamente imparcial al aceptar un origen u otro para el universo.

*El hombre a la luz de la ciencia* deja algo de lado la historia del universo físico y se entretiene con más detalle en el origen del hombre y en la interpretación que le da la ciencia moderna. La primera labor que se plantea es, nuevamente, reivindicar la ciencia: aventar tanto el cientifismo como la pseudociencia, junto con sus ovnis y alquimias.

Ya dentro del terreno científico, vuelve a sorprender la contaminación que tienen las hipótesis científicas de materialismo, mecanicismo, autoorganización al azar, etc. La segunda labor del autor consiste en exponer las tesis científicas actualmente existentes, despojándolas de sus elementos no científicos. Para realizar esta labor, se entretiene en revisar las distintas visiones que la ciencia tiene del mundo material, explicando los

distintos tipos de cientifismo imperantes. Resulta especialmente interesante su análisis —que el autor conoce bien como Físico— de la interpretación mecanicista del universo, y de cómo esa interpretación casa mal con los modernos desarrollos de la física del átomo y de la mecánica cuántica.

Las otras dos cuestiones tratadas sobre el hombre son la interpretación de su origen como autoevolución de la materia y los intentos de explicación de su inteligencia como una propiedad emergente de su estructura material. Son temas obligados de su exposición la autoorganización de la materia, ciertas interpretaciones del evolucionismo que atribuyen el origen del hombre a causas meramente biológicas, y al origen del universo una causa material y azarosa.

El resto de la obra se dedica a perfilar exactamente las diferencias entre el hombre y los demás seres, para dejar claro que, en contra de lo que habitualmente se piensa, el pensar humano no es asimilable a computación, que tiene sentido hablar de «alma» también en nuestra época, y que la ciencia también es capaz de descubrir —por medio del principio antrópico— que el hombre sigue siendo, como opinaban los clásicos, el centro y fin de la naturaleza.

Muestra así una visión del hombre que, apartándose de los tópicos actualmente en boga, resulta más acorde con la realidad: un ser espiritual y material, situado en un mundo que le viene como anillo al dedo. La finalidad en el origen de los seres vivos es el colofón a una exposición de lo que puede afirmar la biología cuando estudia sin prejuicios el mundo en que vivimos.

*Ciencia, razón y fe* toca de nuevo algunos de los temas que hemos mencionado. Pero lo hace con algo menos de profundidad porque prefiere fijarse en los diversos argumentos que la cosmología científica moderna opone a la fe. El comienzo obligado es una breve explicación del caso Galileo. Este relato histórico le sirve de entrada para plantear el modo de profundizar adecuadamente en el tema de las relaciones fe-razón: analizar el método de la ciencia experimental y determinar exactamente su alcance.

Como consecuencia necesaria de este estudio, el autor está en condiciones de criticar adecuadamente las corruptelas que, amparándose en el ropaje de científicas, dicen ser demostración de que algunas verdades de la fe, o prolegómenos necesarios suyos, son contrarios a la ciencia: el materialismo científico y el determinismo, el primero negador de toda realidad espiritual y el segundo de la libertad.

Tomando pie de esta crítica, el autor muestra, en los capítulos siguientes, que la ciencia, tal como se la entiende hoy día, está sumida en

una profunda crisis. El ejemplo de la filosofía de la ciencia de Popper le sirve como muestra especialmente clara de las dificultades actuales para aceptar la verdad científica como tal verdad. Las actitudes que se dan entre los científicos a partir de esta crisis oscilan entre un cientifismo optimista infundado y uno pesimista, que conecta, en cierta medida, con el *pensiero debole* postmoderno.

Los dos últimos capítulos de la obra realizan una labor constructiva, que muestra el enriquecimiento que se sigue de abandonar el cientifismo y de aceptar la fe como luz orientadora en la labor científica. También muestra cómo las explicaciones científicas más serias se encuentran con cuestiones propiamente humanísticas, que no suelen denominar tales, pero que consideran y resuelven de modo inadecuado: hasta para un cientifismo radical, las cuestiones humanísticas son parte integrante de la ciencia y de la visión global que el hombre tiene del mundo; la ciencia pura no existe. Y para poder orientar adecuadamente a la ciencia se hace necesario adoptar un nuevo humanismo, aspecto urgente en nuestra época.

La obra se completa con una interesante relación bibliográfica que permite estudiar más detenidamente los diversos temas que se revisan en ella.

Nos encontramos, en suma, con tres obras de divulgación muy necesarias para comprender y enjuiciar el ambiente cultural en que vivimos, impregnado de cientifismo. Para alguien que desee ver la ciencia actual «desde fuera», y tener una idea de conjunto de su alcance y de su relación con otros aspectos de la vida humana, su lectura puede resultar un punto de partida nada arduo y sumamente enriquecedor.

Antonio PARDO

Giuseppe ABBÀ, *Felicidad, vida buena y virtud*, Ediciones Internacionales Universitarias, S. A., Barcelona 1992, 307 pp., 17 x 24.

En las obras de ética que normalmente se barajan, la virtud viene a ser un apéndice, interesante, pero poco vinculado al resto de los análisis éticos que se incluyen en ellas. Giuseppe Abbà, como resultado de su labor investigadora y docente en la Universidad Pontificia Salesiana de Roma, ha querido ofrecer una visión de la virtud integrada con el resto del obrar moral, y es el libro que ahora nos ocupa. Antes que escribir un estudio erudito, que se habría convertido con facilidad en excesivamente farragoso,